

EL PADRE VÍCTOR DA BATALLA

Después de zarandearse una hora y media arriba del charré, el padre Víctor llega al patio del puesto en medio de una nube de polvo. Es verano y hace tiempo que no llueve. Es sábado.

Baja con su larga sotana con cinto de cuero y rosario con crucifijo de plata. Es pequeño, nervudo y como de cincuenta años.

Saluda a los presentes con un ¡Dios los bendiga! dicho en inglés y acompañado de su mano derecha a la altura de la cabeza, el índice y el mayor elevados al cielo; el pulgar, el anular y el meñique replegados sobre la palma.

Se abraza fraternalmente con Pat y después dedica un beso, un apretón de manos o un abrazo con Maggie, la esposa de Pat; Mary, la madre de Maggie; Ruth y Micky, la hija joven, hermosa y reidora y el hijo adolescente, callado y hosco de Pat y Maggie.

Con Billy, el hijo mayor, que ya es hombre serio y tiene un papel en el trabajo familiar, tuvo tiempo para una charla desde la estación de ferrocarril y así pudo formarse una primera impresión sobre cómo están las cosas en la familia.

Unos metros detrás, afirmado en el esquinero del alambrado y sin hacer movimientos más que para, de tanto en tanto, sacarse en encima algún perro de los cuatros que rondan entre él y la reunión junto al charré, está Manuel Costa. Para él el saludo es otro; en castellano con acento criollo, quitándose el sombrero y extendiendo la mano abierta, le pregunta:

—¿Qué cuenta, paisano?

—Ya lo ve, cuento perros, cuento ovejas, mientras espero a los amigos, — estrecha Manuel Costa la mano del padre Víctor sin cambiar de lugar. Tiene camisa blanca almidonada, alpargatas y una bombacha negra ceñida al abdomen prominente, desabrochada en los tobillos redondos y fuertes como postes de quebracho.

Es la tercera vez que el padre Víctor llega a esta casa. La primera, en los finales del siglo, fue para acompañar a Pat, que iba para ocuparse como puestero en ese rincón de la estancia, con su hermano Andy, su esposa Maggie y la madre de ella, y con la esperanza fuerte de fundar una familia.

Esa vez, cuando llegaron, estaba esperándolos parado bajo un árbol, delante de la casa baja y larga, de paredes de barro, Manuel Costa, hombre solo entonces y siempre, recomendado al padre Víctor por el administrador de la estancia, irlandés como ellos. Manuel Costa fue quien ayudó a Pat a conocer los trabajos y las costumbres de esa parte de la pampa, quien compartió sus días y lo vio crecer en edad, descendencia y bienes, año tras año.

El padre Víctor estuvo por acá una segunda vez, cuando con varios hermanos de su Orden rastrearon las estancias del oeste en su misión evangelizadora; a él le tocó esta zona como compañero de otro fraile más viejo y más sabio que él, y más mañero. Entonces vio el progreso en el campo que atendían Pat y Andy con Manuel Costa, vio las arrugas en la cara de Maggie, conoció a los hijos y rezó en inglés con todos y con Manuel Costa, que desde un costado seguía la ceremonia y se entendía con Dios en castellano y cara a cara.

Ahora la cosa es distinta. No es el viaje esperanzado de la fundación ni la visita para regar con agua bendita el terreno fértil de la fe. Es para dar una batalla probablemente agotadora, en cualquier caso dura, para restablecer la armonía entre esta gente que lo mandó llamar.

Recibió en el monasterio una carta de Maggie, prolija caligrafía y sintaxis inglesa, tinta sobre papel rayado, donde le explicaba las pruebas a las que estaban sometidos últimamente, que crecieron hasta el punto de convencer ella y a su madre, y también a Pat y Andy, que hacía falta pedir la intervención de alguien que conociera mejor los secretos de Dios y también, por qué no, las habilidades del demonio. Leyó con detenimiento todas las circunstancias que Maggie le relataba con precisión, sobre fiebres altas y convulsiones, y ataques de ira que llevaban a Micy a romper puertas, armarios e imágenes sagradas, y a perseguir a su hermano Billy con una maza que exigía un esfuerzo enorme para su cuerpo delgado y débil, acostumbrado a comer poco y dormir mal.

En las últimas semanas, decía Maggie en su carta para confirmar la impresión que se estaba formando el padre Víctor mientras leía, se escuchaba en las noches el ruido de cadenas arrastrándose sobre el techo de zinc, el crujido de goznes de puertas al abrirse y cerrarse, mientras Micky acompañaba esas señales con sobresaltos y quejas en medio del sueño.

Pat encabeza la marcha hacia la casa cargando la valija del padre Víctor, de cuero y madera con cierres de bronce, y pesada, tanto, que le hace preguntar al padre si piensa quedarse con ellos a comer el pavo de Navidad. Mary dice que será un hermoso regalo del padre compartir con ellos la Nochebuena. Pero todavía falta más de una semana para Navidad y este viaje no es por vacaciones; todos saben esto, en medio de los comentarios alegres y las risas, porque leyeron con cuidado la carta breve, grave aunque serena del padre Víctor, anunciando la decisión de viajar, y la fecha.

El padre Víctor había leído varias veces la carta de Maggie. Había pensado en ella durante el día y la noche, y dedicó toda una semana a pedir el auxilio de Dios. Conversó con el superior, buscando consejo, con la carta a la vista para no equivocarse el rumbo de las acciones, y recibió autorización para ocuparse personalmente del asunto, similar en ciertos aspectos a alguno en el que le había tocado participar, aunque aquella vez sólo como ayudante. Por lo demás,

ya se conoce de él su entereza frente a las pruebas, y su voluntad decididamente terca.

—Estoy cansado —dice a Maggie y Pat que caminan junto a él — hablemos de cosas lindas. Mañana nos ponemos en acción.

—Recorre el comedor y la cocina, se asoma al patio y los corrales, habla con los perros y los gansos.

Tiene una cama dispuesta para él en la habitación de Micky; abre la valija y acomoda sus pertenencias; se lava con el agua fresca de la jofaina y sale al patio liberado del cinto y el rosario, y con las mangas de la sotana enrolladas sobre los codos.

Acepta un sillón de mimbre para sentarse bajo el enorme paraíso, y toma mate con Pat y Andy, mientras Manuel Costa y los muchachos encierran las ovejas y las vacas lecheras y Maggie, con la madre y la hija, terminan los preparativos para la cena: dos pollos rellenos acompañados de papas asadas y salsa que sólo Maggie puede preparar tan sabrosa. Hay vino clarete refrescado en el pozo y limonada. Hay duraznos y damascos para el postre.

Cenan alrededor de una larga mesa en la galería abierta sobre el jardín donde revientan hortensias y jazmines y el viento mueve apenas las hojas. En la pared de la galería hay dos cuadros: San Patricio, el patrono de la casa con su investidura de obispo, echa a las serpientes de Irlanda; Mc Zweeny, el alcalde de Cork, mira de frente al mundo antes de ser martirizado por los ingleses.

Los de la casa disfrutan con las novedades que cuenta el padre Víctor sobre lo que pasa en Buenos Aires y en los pueblos más alejados. Él responde a las preguntas y escucha con atención los comentarios breves dichos en medio tono por Manuel Costa.

Andy toca unas canciones con el acordeón que guarda en una funda de felpa. Manuel Costa se aparta de la mesa, arrima la banqueta a uno de los postes que sostienen el techo de la galería, arma un cigarrillo. Le piden que toque algo con su guitarra y les regala una milonga, un cielito, después de ajustar las cuerdas desde el clavijero de donde cuelga una cinta celeste y blanca.

Hablan todos en inglés, excepto Manuel Costa que sigue la conversación y acota, confirma o desmiente, pregunta, en español. Terminan el té y traen la caña, critican a los radicales, cuentan chistes con doble sentido y hablan en español; ahora todos se sienten más a gusto.

Mary es la primera en levantarse de la mesa; después se van Maggie con su hija Ruth; Micky, que está mareado y con dolor de cabeza, saluda y se va a dormir.

El resto se va a descansar antes de la una, porque cuando el reloj de péndulo de la sala da la hora, el padre Víctor está leyendo el breviario a la luz de la lámpara de kerosén que tiene junto a la cama. Oye el movimiento de Micky y se acerca; le cubre el torso con la sábana y le impone la señal de la cruz en la frente. Le responde un quejido agudo, como un llanto, que no sale del cuerpo de Micky sino del rincón opuesto del dormitorio, de la ventana pequeña que está entornada. Hay movimientos cautos en la habitación vecina, y enseguida golpean con suavidad la puerta. Andy pregunta si hace falta algo.

—No hay de qué alarmarse, por ahora.

Permanece levantado. Se quita la sotana y la pliega sobre el respaldo de la silla. Apaga la lámpara pero antes se asegura de que los fósforos estén cerca. Abre la ventana y trata de reconocer el paisaje exterior. Muy cerca de la pared reconoce la línea de paraísos de troncos gruesos. Un poco más lejos, tal vez a quince metros, está el pozo de agua, y junto a él, el tanque ancho y redondo donde almacenan el agua para abastecer los bebederos. Sobre el pozo adivina una cadena de gruesos eslabones de cuyo extremo, intuye, debe estar suspendido el balde con el que extraen el agua para cargar el tanque. El viento sopla suave. Se pregunta si no fue el movimiento de esa cadena lo que escuchó al hacer la señal de la cruz sobre la frente de Micky, o su roce contra alguna chapa, empujada por una ráfaga, o el paso de un ave, una lechuza tal vez, o un búho. ¿Y si fue el chistido de un búho? No lo fue. Tal vez el de dos que coincidieron en el canto; tal vez al canto de ellos se agregó el movimiento de cadenas que imaginó antes. No puede quedar convencido de todo eso, Necesita pruebas que lo ayuden a pensar que se trata de un fenómeno físico, independiente de un estímulo superior. La cadena, a pesar de la brisa, está quieta y no oye el canto de ningún búho o lechuza, ni advierte sus vuelos. Prefiere aguardar. Busca el rosario y reza en la oscuridad, su espalda contra la almohada, contra el espaldar de hierro de la cama. En un momento de la oración hace la señal de la cruz y mientras lo hace oye el quejido leve, agudo y lejano, y Micky se mueve en la cama, molesto.

Salta de la cama, busca los fósforos, abre la puerta y sale descalzo. Rodea la línea a habitaciones y llega, por afuera, a la ventana a través de la cual estuvo viendo el paisaje. Ratonés. Piensa que puede haber en los árboles. Tal vez una pelea con otro animal. ¿No hay gatos en la casa? ¿No son maullidos, los quejidos que escucha? No, definitivamente. No pueden ser ruido de cadena y chistido de lechuza y maullido de gato. Debe descansar. Está pensando en cualquier cosa. Vuelve al dormitorio y se recuesta buscando serenarse. No puede dormir: Micky continúa con los movimientos esporádicos y nerviosos, que aumentan hacia el amanecer, cuando el padre Víctor comienza las lecturas

El padre Víctor decide levantarse y en la cocina recibe el sol del domingo con Manuel Costa, que vuelve del ordeño.

—¿Oyó?

—Sí.

—¿Qué ha sido?

—Quién sabe.

—Bicho no era—redondea Manuel Costa y no se habla más.

Cuando Pat y Andy aparecen en la cocina, Mary está preparando té y el padre Víctor y Manuel Costa revisan, trepados a una escalera, las ramas de los paraísos. Inútil: no hay nidos de ratones. Se acercan al pozo de agua, mueven la cadena en direcciones distintas, buscando sonidos; nunca se repite el que los estremeció a la noche.

El padre Víctor, sin sotanas y de alpargatas, se trepa con Andy al techo y camina de un extremo al otro, observando los detalles, buscando chapas flojas o clavos salidos. Baja sin respuestas.

Acepta una taza de té, lo engulle con la cabeza gacha, despacio. Vuelve al dormitorio y encuentra a Micky despertando, transpirando y con fiebre. Conversan, con pausas filosas entre las palabras que de a poco comienzan a significar algo. Rezan juntos y después salen a caminar. Bordean la casa, atraviesan el monte de frutales. Regresan y se detienen frente al asador, donde están acomodando el cordero para el mediodía, y Micky recuerda que no desayunó.

En la galería están armando el altar con manteles bordados, candelabros en los extremos con cirios gruesos y cortos. El padre Víctor trae un crucifijo con pie de bronce y los vasos sagrados, los pone en el centro del altar. Retira la foto de Mc Zweeny hasta que termine la ceremonia y, al pasar, le guiña un ojo a San Patricio, que sabrá comprender. Va a su habitación, viste su sotana, abrocha el cinto y ajusta el rosario, se arrodilla y reza un misterio. Busca en la valija, extrae un libro y comienza la lenta, silenciosa y agobiante ceremonia de traer paz a los espíritus y a los cuerpos de la casa, si Dios lo ayuda.

Cuando termina de leer las oraciones del libro, el sol está alto y quema. Viste el alba, la estola y la casulla, y siente que está preparado para celebrar la misa, de cara al altar, de espaldas a los fieles sentados en dos bancos de madera, en silencio.

Pide perdón a Dios en latín por las ofensas que recibe de los hombres. Gira y lee en inglés para su gente los textos bíblicos, los cuarenta días del ayuno de Cristo y las tentaciones del demonio. Después los invita en una homilía ardorosa, que mezcla el inglés y el español con palabras que nadie comprende, que sigan la promesa de fidelidad a los mandamientos, la fe de los

padres; los alerta sobre las felicidades del cielo y las penurias eternas del infierno, y sobre las artimañas del demonio para engrupir a los incautos, a los que llama giles. Lo escuchas y se estremecen con lágrimas, temblores y suspiros, sentados en los bancos, mientras Manuel Costa, sin perderse una línea de la misa, tampoco descuida el cordero que se cocina despacio frente al galpón.

Manuel Costa está de rodillas cuando el padre Víctor alza el pan y lo ofrece a Dios como cuerpo de Cristo; escucha el chirrido fuerte y el ruido de las cañas viento arremolinado y caliente sopla en la galería y amenaza apagar el fuego de los cirios. Sin embargo, el cielo está tan calmo como al amanecer y las hojas de los árboles no se mueven. El padre Víctor consagra el vino como sangre de Cristo y escucha cómo golpean el techo los eslabones de una cadena que jamás vio. Entonces descubre, antes incluso que el padre Víctor, qué es lo que sucedió.

—Cosa ‘e mandinga —dice convencido, porque el viento que enloquecía los cirios sobre el altar ya se terminó, y no hay estrépito de cadenas sobre los techos y hay, sobre el mantel blanco, las marcas agudas, profundas y rojas, de diez uñas

Mary le propone tomar una taza de té, porque está en ayunas y extenuado. Tal vez prefiera una copita de caña, sugiere Andy dispuesto a acompañarlo.

—Bueno—dice el padre Víctor.

—¿El té o la caña?

— El té demora un poco, —sentencia— mientras se prepara nos tomamos una cañita.